



FELIPE ÁVILA

**ROSARIO
CASTELLANOS**

SERIE ESTAMPAS DE MUJERES

**ROSARIO
CASTELLANOS**

SERIE ESTAMPAS DE MUJERES

Cultura

Secretaría de Cultura



SECRETARÍA DE CULTURA

Claudia Curiel de Icaza

Secretaria de Cultura



**INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO**

Felipe Arturo Ávila Espinosa

Director General

FELIPE ÁVILA

**ROSARIO
CASTELLANOS**

MÉXICO 2025



Salvador Pruneda, Rosario Castellanos. México, ca. 1962. Archivo Gráfico de *El Nacional*, Fondo Personales, sobre: 118-C (002). SECRETARÍA DE CULTURA.INEHRM.FOTOTECA.MX.

Portada: Rosario. Fotografía perteneciente al archivo IISUE/AHUNAM/
Colección Ricardo Salazar Ahumada/Rosario Castellanos.

Ediciones en formato electrónico:

Primera edición, INEHRM, 2025.

D. R. © Felipe Ávila Espinosa.

D. R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México (INEHRM),
Plaza del Carmen núm. 27, Colonia San Ángel, C. P. 01000,
Alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México.
www.inehrm.gob.mx

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, órgano desconcentrado de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

ISBN INEHRM: 978-607-549-577-4

HECHO EN MÉXICO

Este 25 de mayo se cumplen 100 años del natalicio de Rosario Castellanos Figueroa, una de nuestras más importantes escritoras, quien destacó por la calidad literaria de su obra, por la forma en que abordó temas como la condición de las mujeres, la literatura, la marginación de las comunidades indígenas y fue pionera del feminismo mexicano.

Nació en la ciudad de México el 25 de mayo de 1925. Su padre César Castellanos Castellanos —20 años mayor que la madre de Rosario, Adriana Figueroa Abarca— era un hombre acaudalado, propietario de dos fincas en Comitán, Chiapas. Poco después del nacimiento de Rosario, la familia regresó a su casa chiapaneca. Un año después nació su hermano Mario Benjamín, quien por ser varón era el preferido de sus padres, actitud típica de una sociedad tradicional, patriarcal, reproducida por las familias criollas que dominaban la región desde mucho tiempo atrás. En su infancia la cuidó su nana Rufina, una mujer tojolabal, quien tendría una gran influencia en su vida y por quien conoció las costumbres y la cultura de los indígenas chiapanecos. Entre la elite chiapaneca era habitual que a sus hijas pequeñas las acompañara una niña de su misma edad, hija de sus trabajadores. La compañera de sus juegos y vivencias infantiles de Rosario fue María Escandón Abarca, con quien convivió sus primeros años en una relación desigual, pues ella era hija de los dueños de la casa y María Escandón su subordinada.

Rosario recibió una educación especial, en escuelas particulares y en la secundaria de Comitán, mientras que María no pudo estudiar, pero estaría cerca de ella por más de 20 años. En ese tiempo ocurrió una tragedia que la marcaría de por vida: su hermano Mario, con quien compartía juegos, sueños y miedos, murió a los 7 años de una infección intestinal. Su familia, insensible y machista, le hizo sentir de



Rosario Castellanos. Escritora y diplomática. *Ca.* 1955.

© (646226) SECRETARÍA DE CULTURA. INAH. SINAFO. FN. MX.

manera enfermiza que hubieran preferido que Rosario muriera y no su hermano. Eso lastimó a Rosario y le dejó una herida profunda, que le llevaría mucho tiempo superar.

En una carta que escribió años después a Ricardo Guerra, el único y gran amor de su vida, recordó ese sentimiento de tristeza y de soledad: “Usted sabe que tuve un hermano y que se murió y que mis padres, aunque nunca me lo dijeron directa y explícitamente, de muchas maneras me dieron a entender que era una injusticia que el varón de la casa se hubiera muerto y que en cambio yo continuara viva y coleando”.

Su padre y su madre tampoco pudieron superar el trauma. Se encerraron en su tristeza, en los recuerdos, ignorando a la pequeña hija. Como consecuencia del desprecio familiar, Rosario se sintió culpable, como si ella hubiera sido responsable del deceso de su hermano o como si debiera reprochar a la vida por no morir ella y sí él. Se hizo más tímida e introvertida. Desde entonces, encontró en los libros su refugio. Era una buena estudiante. Leyó muchas novelas de aventuras, clásicos infantiles y de la literatura universal. La lectura avivó aún más su imaginación. En su mente tomaban forma las escenas que las palabras leídas le producían. Al cumplir 13 años, había leído muchas de las obras más importantes de la literatura universal. Disfrutaba más de la lectura que de los juegos infantiles que a esa edad ocupan buena parte del tiempo de las infancias. Era una niña introvertida e insegura, que se sentía incómoda con la gente y prefería estar sola.

Terminó la primaria en la escuela privada de Vicenta Román, una especie de escuela multigrado en la que había estudiantes de distintas edades y grados escolares. La secundaria la comenzó en la escuela Helena Herlihy Hall y la concluyó en la secundaria pública de Comitán. Al llegar el enamoramiento adolescente, empezó a escribir un diario del que dijo años más tarde que “surgió primero como un instrumento para acercar al objeto amoroso, pero que acabó por sustituirlo y suplantarlo por completo”. En esos años escribió sus primeras poesías. Se hizo asidua lectora de la revista infantil *Paquín. Semanario infantil ilustrado*, que narraba escenas fantasiosas que la deleitaban. La revista

aceptaba colaboraciones de sus lectores, por lo que se animó a enviar unos sencillos versos que serían publicados en esas páginas y decían:

Me gusta leer Paquin
Porque sale Rin-tin-tin

En la literatura encontró su verdadera vocación. Su familia, afectada por la reforma agraria cardenista, se vio obligada a vender su finca mayor, El Rosario, que abarcaba 2 600 hectáreas y regresó a la ciudad de México cuando ella tenía 16 años.

En la capital cursó la preparatoria en un colegio particular en el área de ciencias sociales y conoció a Dolores Castro, quien sería una gran escritora y su inseparable amiga por 30 años. En 1944 se inscribió en la Escuela de Jurisprudencia de la UNAM, en el edificio de Mascarones, colonia San Rafael, pero un año después se cambió a filosofía. Tuvo la suerte de formarse con grandes profesores: como José Gaos, Leopoldo Zea, José Luis Martínez, Agustín Yáñez, Samuel Ramos y Julio Torri. También convivió en las aulas y se hizo amiga de un notable grupo de estudiantes: Ernesto Cardenal, Augusto Monterroso, Emilio Carballido, Jaime Sabines, Luisa Josefina Hernández, Sergio Magaña y Sergio Galindo, quienes serían, igual que ella, destacados escritores. La literatura se fue convirtiendo en el eje de su vida. Lectora voraz, siguió nutriendo su acervo personal literario y poco a poco se adentró en la experiencia vital de escribir. A los 17 años publicó sus dos primeras poesías en una revista estudiantil de la Facultad de Filosofía y también inició su carrera de docente, impartiendo filosofía, lógica y ética en colegios particulares.

Poco antes de cumplir 23 años, quedó huérfana. Su madre murió de cáncer el 10 de enero de 1948; y su padre, de un infarto apenas 20 días después. No había sido feliz con su familia. Le desagradaba el autoritarismo paterno, que nadie lo pudiera contradecir y le incomodaba la resignación y sumisión de su madre, pero no podía hacer nada para cambiar una relación de dominación y subordinación de una sociedad patriarcal tradicional, ancestral. Su relación con ellos había sido muy

distante, pero eran lo único que tenía. Se había quedado sola, aunque tal vez sería mejor decir que estaba sola desde mucho antes, que vivía su vida interior en soledad, sin el apoyo de sus progenitores ni de nadie más de su familia, lo que fue uno de los motivos de muchos de los problemas emocionales que la acompañarían durante toda su vida.

Ese mismo año publicó sus dos primeros libros de poesía: *Trayectoria del polvo* —de carácter autobiográfico y en el que describe con metáforas las etapas de su vida, desde el nacimiento y la niñez hasta su orfandad— y *Apuntes para una declaración de fe* —donde narra la crisis religiosa de su adolescencia—. En el primer poema ya deja ver algunos de los rasgos característicos de su estilo y de la soledad que sentía al escribirlo:

Me desgajé del sol (era la entraña
Perpetua de la vida)
Y me quedé lo mismo que la nube
Suspensa en el vacío.
Como la llama lejos de la brasa,
Como cuando se rompe un continente
Y se derraman islas innumerables
Sobre la superficie renovada del mar
Que gime bajo el nombre de archipiélago...
Nací en la misma hora en que nació el pecado
Y como él, fui llamada soledad.
Gemelo es nuestro signo y no hay aguas lustrales
Capaces de borrar lo que macaron
Los hierros encendidos en mi frente...

Comenzó también la redacción de su tesis de maestría en filosofía, titulada *Sobre cultura femenina*, que defendió en 1950 ante un jurado integrado por Leopoldo Zea, Eusebio Castro, Paula Gómez, Eduardo Nicol y Bernabé Navarro. La pregunta central de su tesis es si existe una cultura femenina y qué es lo que la define. Su propia vida, sus relaciones con su familia y compañeros de escuela eran ejemplos pal-



“Entre los juegos de infancia y la confrontación entre el mundo tzotzil y el ladino. Rosario crece y nutre su poesía. En su casa de Caladas”. Imagen tomada de: Carlos Monsiváis, “Rosario Castellanos. La enseñanza y el olvido del llanto”, en Escritores en la diplomacia mexicana: Tomo II, México, SRE, 2000.



“La primera etapa de Castellanos se centra en la obtención de una sensibilidad distinta, alejada de cualquier obligación de marginarse, de ser cursi para ser *femenina*, de pedir permiso para existir ofreciendo a cambio la indefensión”. Imagen tomada de: Carlos Monsiváis, “Rosario Castellanos. La enseñanza y el olvido del llanto”, en *Escritores en la diplomacia mexicana: Tomo II*, México, SRE, 2000.

pables de la sociedad patriarcal en que vivía. Desde niña sintió la diferencia de ser niña, la marginación, la descalificación, la falta de reconocimiento hacia las mujeres. En la Facultad vio también cómo sus compañeros tenían una actitud condescendiente, escéptica hacia los méritos intelectuales de las mujeres. En su tesis reflexionó sobre esa condición femenina, a partir de sus vivencias, de sus lecturas y reflexiones sobre lo que se había escrito acerca de la cultura femenina y lo que habían pensado y hecho notorias mujeres para vencer los obstáculos de la sociedad patriarcal y para destacar intelectualmente.

La tesis de Rosario es una rigurosa investigación en la que presenta las opiniones de los filósofos y pensadores occidentales sobre la mujer y sus capacidades intelectuales y creativas. Cita con amplitud los pasajes de pensadores como Schopenhauer, Weininger, Simmel, los cuales consideran a las mujeres inferiores, incapaces de crear cultura. Con un dejo de amargura, señala:

Lo cual no significa que hayan sido los únicos. Muy al contrario. Casi no ha habido quien resistiera la tentación de referirse a las mujeres en sus obras. Bien han manejado el látigo que les recomendaba Nietzsche y cuando no las han mencionado su abstención puede interpretarse como un olvido, la forma más refinada del desprecio. Es reveladora en este aspecto la actitud de Virgilio, que no coloca a ninguna mujer en sus Campos Elíseos, o en otro, la de Mahoma que las expulsó de su paraíso. Aristóteles se admira de que los mitilenos tuvieran en sumo honor a Safo, “aunque era mujer”. Eurípides, más cruel, se lamenta de que “no haya otro medio, fuera del femenino, para perpetuar la especie”.

Juicios peores abundan. J. P. Moebius trató de demostrar, con pruebas “científicas”, que las mujeres tenían una deficiencia mental fisiológica. Y qué decir de los padres de la Iglesia. San Pablo afirmó que la mujer era naturalmente un animal enfermo y Santo Tomás la definió como un varón mutilado. Nietzsche redujo el problema al embarazo: “en la mujer todo es enigma y este enigma tiene un nombre: preñez”.

Después de este repaso por lo que han pensado y escrito conocidos pensadores, Rosario sintetiza sus opiniones:

Sé, por ellos, que la esencia de la feminidad radica fundamentalmente en aspectos negativos: la debilidad del cuerpo, la torpeza de la mente, en suma, la incapacidad para el trabajo. Las mujeres son mujeres porque no pueden hacer ni esto ni aquello, ni lo de más allá. Y esto, aquello y lo de más allá está envuelto en un término nebuloso y vago: el término de cultura.

Por ello concluye:

El mundo que para mí está cerrado tiene un nombre: se llama cultura. Sus habitantes son todos ellos del sexo masculino. Ellos se llaman a sí mismos hombres y humanidad a la facultad de residir en el mundo de la cultura y de aclimatarse a él... Ni yo ni ninguna mujer tenemos nada que hacer allí. Nos aburriríamos mortalmente. Y eso sin contar con que redoblaríamos la diversión de los otros a costa de nuestro ridículo. Yo, ante estos argumentos tan convincentes, me retiraría con docilidad y en silencio. Pero me quedaría pensando no en la injusticia ni en la arbitrariedad de esa exclusión aplicada a mí y a mis compañeras de sexo y de infortunio... sino en que entonces no entiendo de ninguna manera cómo es que existen libros firmados por mujeres, cuadros pintados por mujeres, estatuas... ¿Cómo lograron introducir su contrabando en fronteras tan celosamente vigiladas? Pero sobre todo ¿qué fue lo que las impulsó de modo tan irresistible a arriesgarse a ser contrabandistas? Porque lo cierto es que la mayor parte de las mujeres están muy tranquilas en sus casas y en sus límites sin organizar bandas para burlar la ley. Aceptan la ley, la acatan, la respetan. La consideran adecuada. ¿Por qué entonces ha de venir una mujer que se llama Safo, otra a la que nombrar Virginia Woolf, alguien que se ha bautizado a sí misma y se hace reconocer como Gabriela Mistral a violar la ley?... Lo que yo quiero es intentar una justificación de estas pocas, excepcionales mujeres, comprenderlas, averiguar por qué se



“Consagrada a las letras, demostró que la inspiración y el talento se complementan con la paciencia y el trabajo”. Imagen tomada de: Carlos Monsiváis, “Rosario Castellanos. La enseñanza y el olvido del llanto”, en *Escritores en la diplomacia mexicana: Tomo II*, México, SRE, 2000.

separaron del resto del rebaño e invadieron un terreno prohibido y, más que ninguna otra cosa, qué las hizo dirigirse a la realización de esta hazaña, de dónde extrajeron la fuerza para modificar sus condiciones naturales y convertirse en seres aptos para labores que, por lo menos, no les son habituales...

En el capítulo “El Espíritu femenino” de su tesis, Rosario señala que, si se define al espíritu como una conciencia de la limitación, la temporalidad y la muerte, una actividad salvadora orientada hacia los valores y plasmada en la cultura, se habla casi sin excepciones del espíritu masculino:

El hombre es el rey de la creación... Él es quien dice los discursos, organiza la política y dicta las leyes. Él es quien escribe los libros y quien los lee, quien modela las estatuas y el que las admira. Él descubre las verdades y las cree y las expresa. Es el que tiene los medios de comunicación con Dios, el que oficia en sus altares, el que interpreta la voluntad divina y el que la ejecuta. Él es el que diseña los vestidos que usarán las mujeres y el que aprueba el diseño de los vestidos... Todo está sujeto a su dominio y depende de su habilidad: las cosas, los animales, las mujeres.

En toda su argumentación se nota la conciencia que Rosario tiene del peso abrumador del dominio masculino en un mundo construido, conservado y puesto al servicio de los hombres. Es un hecho que ella tiene claro y busca explicarlo. Quiere saber qué pueden hacer las mujeres en ese mundo, cómo pueden realizarse y trascender.

En la narrativa de Rosario se percibe, además de la lucidez de su argumentación, un tono irónico, de finos sarcasmos que van a ser un estilo característico de ella, en los que sus frases dejan ver una velada o a veces abierta crítica a las situaciones que describe. Su ironía es una forma de rebelión sutil, de desacuerdo. En ese mismo capítulo, “El Espíritu femenino”, expresa:

A propósito de las mujeres (ya casi nos habíamos olvidado de ellas en este cuadro en el que la primera figura destaca de manera tan absoluta), son, al lado de tan luminoso ejemplar como el que hemos señalado anteriormente, una humilde sombra. Su debilidad y su tontería están compensadas por cualidades de otro orden que los hedonistas saben apreciar. Expulsadas del mundo de la cultura, como Eva del paraíso, no tienen más recurso que portarse bien, es decir, ser insignificantes y pacientes, esconder las uñas como los gatos. Con esto probablemente no vayan al cielo, y además no importa, pero irán al matrimonio que es un cielo más efectivo e inmediato.

Rosario continuó con mayor sarcasmo:

Si la mujer tiene disposiciones culinarias hará engordar al hombre que la ha desposado y engordará ella misma. Adquirirá muy pronto un aire de satisfacción y contagiará a su cónyuge, quien a esas alturas estará perfectamente domesticado y convencido de que cualquiera inquietud que no gire dentro de este círculo familiar es deleznable o peligrosa.

La argumentación de Rosario sigue por esta misma vía, describiendo la desproporción en las obras culturales masculinas y las pocas hechas por mentes y manos femeninas. La explicación está en la asimetría entre las posibilidades y medios que ofrece la sociedad a unos y otros, en el condicionamiento social, en la asignación tan dispar de roles, en la interiorización de estos roles de unos y otras. Es este el contexto que lo produce, por ello se pregunta:

¿de dónde nace esta desproporción? ¿Es que las mujeres carecen de espíritu, que su cuerpo no está dotado de los instrumentos indispensables al través de los cuales puede efectuarse el conocimiento y la acción específicos de los humanos? ¿No hay en ella ninguna manifestación espiritual? ¿Es correcto considerarla como el eslabón perdido entre el mono y el hombre, que se levanta sobre el primero y que sólo

prepara al segundo pero no lo iguala? ¿No sufre esa necesidad de eternidad que atormenta a los hombres y los impulsa a crear?

En su reflexión, encuentra que los hombres logran trascender su existencia a través de la cultura. Las mujeres, por el contrario, trascienden a través de la maternidad. No significa eso que sean incapaces de crear, de investigar, de escribir. Se trata del condicionamiento social que las lleva a cumplir un papel que les es impuesto: la reproducción, los cuidados, la educación de los hijos. Por eso escribe: “La mujer, en vez de escribir libros, de investigar verdades, de hacer estatus, tiene hijos”.

La joven Rosario encuentra en la maternidad la explicación de por qué las mujeres logran trascender, perpetuarse y por qué la mayoría de ellas se contenta con ese objetivo y no tiene necesidad de buscar una realización a través de la cultura. En su relación con los hombres lo que está detrás es la búsqueda del macho que la fecunde y la haga convertirse en madre.

Ese papel como reproductoras de la vida se ha ido modificando, sobre todo en el siglo xx. Después de las dos guerras mundiales, miles de mujeres lograron acceder a puestos de trabajo que les estaban vedados. Esa conquista acicateó la conquista de nuevas libertades y derechos. Los espacios conquistados antes, en la literatura, la educación, la medicina, se ampliaron a nuevas profesiones.

Así pues, después de esta detallada argumentación, Rosario apunta seis conclusiones: todos quienes han escrito del tema señalan que no existe una cultura femenina; no hay una incapacidad femenina para crear cultura, sino la posibilidad de trascender de otra forma; esa otra forma es la maternidad; cuando la maternidad no puede realizarse, se compensa, subliminalmente, en la creación cultural; las aportaciones femeninas a la cultura han sido escasas, y entre las formas culturales más accesibles para las mujeres está la literatura.

Sobre cultura femenina es un parteaguas en la reflexión de las mujeres sobre su propia condición y es una obra pionera del feminismo mexicano. Con su propia vida y obra, Rosario demostró que crear cultura y ser madre no era una disyuntiva incompatible. Algunas de las conclusiones de su tesis de maestría las superaría y abandonaría años

después, cuando cobró consciencia clara de lo que significaba ser mujer y liberarse. Hizo suya la tesis central de Simone de Beauvoir: “No se nace mujer, llega una a serlo”. Cuando escribió su tesis no había leído el libro fundamental de Simone, punto de partida del feminismo contemporáneo: *El segundo sexo*, que la llevaría a una comprensión mejor del ser femenino.

Su tercer libro de poemas, *De la vigilia estéril*, fue publicado en 1950. Contrasta en él sentimientos, vivencias, ilusiones; el choque entre la vida y la muerte. Ese mismo año apareció una pequeña obra de poesía: *Dos poemas*, libro emotivo, autobiográfico, sin mucha esperanza, en el que expresa la vacuidad de la vida, la soledad y el aislamiento.

En 1950 partió a España para hacer un posgrado en estética. Se fue en barco, con su amiga Dolores Castro. Iba muy enamorada del joven filósofo Ricardo Guerra, a quien había conocido en la Facultad de Filosofía y quien sería el único hombre en su vida, su gran amor. *Cartas a Ricardo* fue publicado años después de la muerte de Rosario, es un testimonio invaluable de su amor apasionado, obsesivo, compulsivo y sofocante hacia el filósofo; un canto de amor sufrido, doloroso, desgarrador, monocorde, que evidentemente no era correspondido con la misma pasión y que, a pesar de la falta de respuestas, de la distancia del objeto amado, de su falta de compromiso, de sus verdades a medias, de sus excusas, de su evasión, de su miedo al compromiso y de sus infidelidades, todo aquello no era prueba suficiente para que la pasión y la necesidad de Rosario por él disminuyeran. La primera carta que le escribió, el 28 de julio, desde Tuxtla Gutiérrez, marca la pauta que seguiría sin contención durante los siguientes meses:

Mi querido Ricardo:

¿Cómo te diría yo que estoy triste?... En el fondo no es tristeza. Fui tan perfecta, tan plenamente feliz en los últimos 15 días, gracias a ti, que esta separación no ha alcanzado a turbarme ni a destruirme. Estoy todavía demasiado llena, rebosante de esa felicidad que me diste; tengo todavía grandes reservas de dicha y espero que no se agoten antes de que tu presencia las renueve. ¿No te importa saber

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO

FILOSOFIA

(Facultad o Escuela)

MTRC . EN FILOSOFIA

(Carrera)

CASTELLANOS F. ROSARIO

(Nombre)

(FIRMA DEL INTERESADO)



(NUMERO DE CUENTA)

49126

AÑO ESCOLAR DE 194 4

Credencial que le acreditaba como alumna de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. UNAM-FFYL, Rosario Castellanos, 1994.

(ahora es a mí a quien le toca hacer esta clase de preguntas) que soy una persona terriblemente hambrienta de ternura? En este aspecto he sido siempre como una criatura desvalida y torpe. No sé cómo pedir el cariño, no sé cómo inclinar a la gente a que me lo dé. Sólo sé que lo necesito y que esa necesidad me empuja a hacer tonterías que alejan de mí a las personas y que me convierten en un ser atrozmente desdichado... yo no quiero que usted se fatigue ni se canse. ¿Sabe? Yo lo amo y quiero que sea muy feliz.

Dos días después una nueva carta de Rosario, dolida y temerosa porque no ha tenido respuesta y no sabe por qué, conjetura, inventa razones, justifica, sufre. Ese patrón se repetirá una y otra vez, por meses, en cartas largas, donde Rosario desnuda su alma, sus sentimientos, su necesidad de amar y ser amada. Ante la falta de equidad en esa demostración de amor desbordado, Rosario muestra que es una mujer débil, necesitada de afecto, de atención, de cariño, tal vez con una necesidad excesiva que no podía ser correspondida en la misma medida, porque, aunque no conocemos las respuestas de Ricardo, sabemos lo que esa actitud de desapego, de mantener su libertad, su espacio, de no dejarse asfixiar y su egoísmo impermeable a los reclamos de su amada provocan en su corazón frágil:

Para ese día esperaba yo carta tuya. Cuando no llegó empecé a sentir una inquietud, un desasosiego. Y empecé a desarrollar mi incontrolable manía de hacer hipótesis. Seguramente yo soy tan distraída que me olvidé de firmar la carta. La envié así nomás y estabas terriblemente ofendido conmigo. No, lo que pasaba era que ese buzón en el que la deposité era un buzón simulado, falso, de utilería. Nadie recogía esa correspondencia ni se ocupaba de distribuirla. No había yo puesto bien la dirección. No te había dicho cuál era la mía. El cartero de aquí no me conocía y no sabía a quién entregar esa carta. Me conocía, la trajo, la entregó pero los de mi casa la escondieron. Empecé a hacer cálculos. Tanto tiempo para el avión, tanto para contestarla, depositarla y venir. Me tranquilicé. Pero tenía la garganta seca y em-

pecé a mirarlos a todos con una expresión de venado arisco. Vino el miércoles. En la mañana era una expectación contenida pero en la tarde me desbordé de impaciencia. El punto que me dolía era ése: no saber de ti, qué había sucedido. Seguí haciendo hipótesis, ahora de otro estilo. Unos celos horribles y mucho más concretos de lo que yo hubiera querido... No me atrevía yo a escribirte porque me asaltó una duda terrible: ¿era cierto lo que había sucedido entre nosotros? ¿Habíamos, de verdad, estado juntos? ¿No era todo producto de mi imaginación? ¿No lo había yo soñado? Seguramente sí; la prueba era esa falta de noticias tuyas.

Y cuando Ricardo podía o quería contestar, Rosario se volvía loca de alegría. Agradecía, reiteraba su profundo amor, quería prolongar su gozo:

Estaba yo tan nerviosa que propuse subir a la rueda de la fortuna. Subí. Sólo en ese momento el miedo era superior a cualquier otro sentimiento. (¿No le importa que sea tan miedosa? Tengo miedo a los perros, de las ventanas altas, de los borrachos.) Y al bajar me vine volada. Aquí estaban tus cartas. Gracias por ellas, Ricardo. ¿Me permite que le diga que es usted un niño maravilloso y que lo amo? No me lo permita porque se lo digo y después me va a dar pena. ¿Se da cuenta hasta qué grado mi pensamiento ha estado fijo, girando alrededor de usted? ¿Se da cuenta de cómo altera mi equilibrio? Yo tampoco quiero pensar en el futuro ni preguntar cómo ha sido posible esto ni tratar de explicármelo. Sucedió, nada más. Supongo que así suceden los milagros y las catástrofes. No los acontecimientos habituales. Esto no es, por lo menos para mí, un acontecimiento habitual. Lo amo y soy feliz precisamente por usted, gracias a usted. Esas dos palabras, amor y felicidad, me habían parecido siempre inconciliables, enemigas. Y ahora veo que marchan perfectamente bien unidas. ¿Y no voy a agradecerle esta revelación que es, en rigor, la primera? Porque mire, son muchas cosas. Son como las muchas piezas de un rompecabezas que de repente toman su lugar, encajan y todo está resuelto. Pero se necesita una clave. Esa clave es usted. Si falta, todo se desintegra



Fotografía perteneciente al archivo IISUE/AHUNAM/
Colección Ricardo Salazar Ahumada/Rosario Castellanos/RSA-1476.



Fotografía perteneciente al archivo IISUE/AHUNAM/
Colección Ricardo Salazar Ahumada/Rosario Castellanos/RSA-1472.

de nuevo y vuelve a ser incoherente, confuso, insoportable. Le voy a confesar una cosa. Claro que ya usted lo sospecha. Pero es esto: usted me hace falta, lo necesito. Yo sé, por experiencia propia, que cuando se le dice esto a una persona se siente un poco incómoda y como presa. No se sienta usted así conmigo. Siéntase libre, muévase sin temor de herirme. Como lo quiero, lo que usted hace me gusta...

Me gusta estar con usted. Con ninguna otra persona en el mundo sería yo feliz como con usted cuando hacemos esas largas caminatas o tomamos café. Con nadie preferiría yo platicar que ir al teatro. Con usted todo me parece muy natural y muy suave y muy deseable. Pero a veces lo veo a usted así, todo emocionante y maravilloso, y me entra un angustioso deseo de ser perfecta. Maldigo todas esas fallas que he dejado que arraiguen en mí porque no he considerado que nada valga lo suficiente como para desecharlas. Quisiera saber bailar y no ser gorda de ninguna parte y gustarle mucho y no tener complejos. Si usted me lo permite y me da tiempo me corregiré. Quiero ser tal como usted quiera que yo sea. Pero no me diga cuáles son mis defectos sino con mucha lentitud. Porque de otro modo me da tanta tristeza tenerlos que me enfurezco y decido conservarlos.

Ese patrón epistolar lo sostuvo Rosario de manera intensa desde fines de septiembre de 1950, cuando se embarcó junto con su amiga Dolores Castro para cumplir con una beca en la Universidad Complutense de Madrid, hasta su regreso a México, un año después. Son cartas apasionadas, detalladas, en las que cuenta a Ricardo lo que hace, lo que lee, lo que ve; donde repite incansablemente que lo ama, que lo necesita, que no es nada sin él, rogando que no la olvide; reclamando constantemente por la desatención, por el desdén, por la falta de respuesta, por la brevedad de sus contestaciones, y emocionándose cuando llegaban las escasas respuestas del amado.

No obstante, al regresar, después de encuentros fugaces, terminaron su relación. Ricardo se había casado con la pintora Lilia Carrillo, con quien tuvo dos hijos y de la que se divorció en 1956.

Después de una estancia de seis meses en Chiapas, como promotora cultural, Rosario enfermó gravemente de tuberculosis; regresó a México a atenderse, estuvo tres meses internada. Leyó y escribió mucho.

En 1952 publicó su primera pieza teatral, *Tablero de damas*, en la que plantea una reunión entre siete escritoras, una de ellas ganadora del Nobel, en la que la rivalidad, los celos profesionales y la disyuntiva entre escribir o ser madre se desarrollan en diálogos ásperos, llenos de sarcasmo. En 1955 publicó su primera y más famosa novela, *Balún Canán*, donde recrea su infancia, sus vivencias y el mundo indígena chiapaneco, particularmente del pueblo tzotzil. Está situada en una hacienda durante el cardenismo y describe la llegada del agrarismo y las tensiones que provocó. Narra no sólo la condición marginal de los indígenas, sino sobre todo la opresión de las mujeres y más aún de las mujeres indígenas. Al mismo tiempo, contrasta su situación privilegiada y la de su familia con las carencias y miseria de las comunidades, lo que desarrolla en ella una consciencia social que la lleva a colaborar para mejorar su situación. Un pasaje de esta obra nos muestra su característica narrativa:

Cuando salimos de Comitán ya está crecido el día. Mi padre y Ernesto van adelante, a caballo. Mi madre, mi hermano y yo, en sillas de mano que cargan los indios. Vamos sujetos al paso del más lento. El sol pica a través del palio que colocaron sobre nuestra cabeza y que está hecho con sábanas de Guatemala. El aire se adensa bajo la manta y se calienta y nos sofoca. Tardan para acabar los llanos. Y cuando acaban se alza el cerro, con sus cien cuchillos de pedernal, con su vereda difícil. Mido la altura de lo que vamos subiendo por el jadeo del indio que me carga. Parejos a nosotros van los pinos. Detienen al viento con sus manos de innumerables dedos y lo sueltan ungido de resinas saludables. Entre las rocas crece una flor azul y tiesa que difunde un agrio aroma de polen entre el que zumba, embriagada, la abeja. El grueso grano de la tierra es negro. En algún lugar, dentro del monte, se precipita el rayo. Como al silbo de su pastor, acuden las nubes de lana oscura y se arrebañan sobre nosotros. Mi padre grita una orden en tzeltal al tiempo que descarga un fuetazo sobre el anca



Fotografía perteneciente al archivo IISUE/AHUNAM/
Colección Ricardo Salazar Ahumada/Rosario Castellanos.

de su caballo. Los indios apresuran la marcha. Tenemos que llegar a Lomantán antes de que cunda el aguacero... Por fin, a lo lejos, divisamos un caserío. Son chozas humildes, con techos de palma y paredes de bajareque. Cuando olfatean la presencia extraña salen a ladrar los perros flacos, sarnosos, escurriendo agua. El alboroto convoca a la gente que se asoma a las puertas. Son indios. Mujeres de frente sumisa que dan el pecho a la boca ávida de los recién nacidos; criaturas barrigonas y descalzas; ancianos de tez amarillenta, desdentados.

O este otro pasaje, que habla del cambio que la política cardenista estaba provocando en el tradicional paisaje chiapaneco:

—Me estoy acordando de lo que vi en Tapachula. Hay blancos tan pobres que piden limosna, que caen consumidos de fiebre en las calles.

Los demás endurecieron sus ojos en la incredulidad.

—En Tapachula fue donde me dieron a leer el papel que habla. Y entendí lo que dice: que nosotros somos iguales a los blancos.

Uno se levantó con violencia.

—¿Sobre la palabra de quién lo afirma?

—Sobre la palabra del presidente de la República.

Volvió a preguntar, vagamente atemorizado.

—¿Qué es el presidente de la República?

Felipe contó entonces lo que había visto. Estaba en Tapachula cuando llegó Lázaro Cárdenas. Los reunieron a todos bajo el balcón principal del cabildo. Allí habló Cárdenas para prometer que se repartirían las tierras. Alguien preguntó con timidez:

—¿Es Dios?

—Es hombre. Yo estuve cerca de él...

—El presidente de la República quiere que nosotros tengamos instrucción. Por eso mandó al maestro, por eso hay que construir la escuela.

Tata Domingo dudaba.

—El presidente de la República quiere. ¿Tiene poder para ordenar?

Felipe declaró, orgulloso:

—Tiene más poder que los Argüellos y que todos los dueños de fincas juntos.

La mujer de Felipe se deslizó sin hacer ruido hasta la puerta. No podía seguir escuchando.

—¿Y dónde está tu presidente?

—En México.

—¿Qué es México?

—Un lugar.

—¿Más allá de Ocosingo?

—Y más allá de Tapachula.

Rosario obtiene un trabajo en el Instituto Nacional Indigenista de Chiapas, donde viaja dos años llevando teatro guiñol a los pueblos. A través del teatro educa a las infancias en higiene, cuidados y promueve su participación para resolver sus problemas. En 1957 publica el libro *Poemas 1953-1955*, notable obra en la que describe que el antídoto ante lo efímero de la vida y la levedad del ser es la poesía; la palabra, que es lo que permanece. Aunque sigue manifestando tristeza, soledad y abandono, reflejo de buena parte de su vida, también afirma con fuerza su gusto por la vida.

En 1958 Rosario se casó con Ricardo Guerra, quien ya estaba divorciado; con él tuvo tres hijos: dos que fallecieron muy pronto y Gabriel, el otro amor de su vida. La relación con Ricardo siguió llena de claroscuros. Era el amor de su vida. Se había casado con él. Habían tenido hijos. Gabriel llenaba su vida. Gozaba, plena de dicha. Pero también sufría. La convivencia familiar no era fácil. La seguían acechando sus miedos, su inseguridad, los celos, la exigencia de entrega total, la impaciencia, sus arrebatos de coraje, las largas horas de insomnio. Recurre al psicoanálisis, a los antidepresivos. Los ratos de alegría suceden a los abismos de la depresión. La convivencia con Ricardo y con Gabriel se complica. Para agravar el cuadro, también convive y se hace responsable, por temporadas, de los dos hijos de Ricardo con Lilia Carrillo. Y en

medio de ese torbellino, se consolida como una gran escritora. Sigue leyendo y publicando. Se hace cargo del trabajo doméstico, de tener el hogar limpio, de arreglar los desperfectos.

En su obra hay muchos rasgos autobiográficos, pero también está llena de reflexiones sobre la condición femenina. En 1959 publica *Salomé y Judith*, dos poemas dramáticos en los que plantea una dura crítica a la condición de madres e hijas que les impone la sociedad patriarcal. En fuertes diálogos, la madre, Judith, expresa a su hija, Salomé, su dolor por la infidelidad y el desprecio de su esposo:

Me traicionó con todas las mujeres,
 Con el hastío y el poder y el juego.
 Vi entrar por esa puerta la embriaguez,
 El grosero deseo
 Y la brutalidad del amo ante la sierva.
 La hija le pregunta por qué no huyó, Judith responde:
 ¿a dónde? Mis hermanas
 tienen su propio infierno
 y fui educada para obedecer
 y sufrir en silencio.
 Mi madre en vez de leche
 me dio el sometimiento.

Salomé, la hija, le reprocha a Judith el control y la sobreprotección que le impone:

Madre, quiero vivir y el amor tuyo
 no me deja.
 Tu cariño me envuelve
 tan sutil y tenaz como la niebla.
 ¡Yo quiero ver el sol...
 Tus brazos me asfixian.
 ¿Yo quiero respirar en las praderas!

En 1960 publica el libro de poemas *Lívida luz*, un libro lleno de dolor, afectada por la muerte de su pequeña hija Adriana, fallecida a los tres días de nacida. Rosario sigue atrapada por el dolor, el miedo a la soledad, a la soltería. Reflexiona sobre el papel tan duro que la sociedad patriarcal impone a las mujeres sin pareja, sin hijos. Aquí un ejemplo:

NACIMIENTO

Estuvo aquí. Ninguno (y él menos que ninguno)
 Supo quién era, cómo, porqué, adónde.
 Decía las palabras que los otros entienden
 —las tuyas no llegó a escucharlas nunca—
 Se escondía en el lugar en que los otros buscan,
 en su casa, en su cuerpo, en sus edades,
 Y sin embargo ausente, siempre mucho
 Como todos, fue dueño de su vida,
 Una hora o más y luego abrió las manos.
 Entonces preguntaron: ¿era hermoso?
 Ya nadie recordaba aquella superficie
 Que la luz disputó por alumbrar
 Y le fue arrebatada tantas veces.

Aquí otro poema breve:

JORNADA DE LA SOLTERA

Da vergüenza estar sola. El día entero
 Arde un rubor terrible en su mejilla...
 La soltera se afana en quehacer de ceniza,
 En labores sin mérito y sin fruto;
 Y a la hora en que los deudos se congregan
 Alrededor del fuego, del relato,
 Se escucha el alarido
 De una mujer que grita en un páramo inmenso
 En el que cada peña, cada tronco



Fotografía perteneciente al archivo IISUE / AHUNAM /
Colección Ricardo Salazar Ahumada / Rosario Castellanos / RSA-1445.

Carcomido de incendios, cada rama
 Retorcida, es un juez
 O es un testigo sin misericordia.
 Y no puede nacer en su hijo, en sus entrañas,
 Y no puede morir
 En su cuerpo remoto, inexplorado,
 Planeta que el astrónomo calcula,
 Que existe, aunque no ha visto.

Ese mismo año apareció *Ciudad Real*, nombre con el que se conocía también a San Cristóbal. En diez relatos, Rosario narra con crudeza la complejidad de las relaciones de dominación y subordinación entre los blancos, ladinos y los indígenas. El racismo, la discriminación, la violencia, la explotación con que los ladinos tratan a los indios y la complicidad y la violencia que estos mismos indios ejercen en sus comunidades, con sus mujeres y familias, son contados por Rosario sin romanticismo, sin idealizarlos. Así era la vida de ladinos e indígenas, de hombres y mujeres, que presencié durante su infancia y con trabajo en Chiapas. Esa obra recibió el premio Xavier Villaurrutia. Así comienza este libro:

La comunidad de los Bolometric estaba integrada por familias de un mismo linaje. Su espíritu protector, su waigel, era el tigre, cuyo nombre fueron dignos de ostentar por su bravura y por su audacia. Después de las peregrinaciones inmemoriales (huyendo de la costa, del mar y su tentación suicida), los hombres de aquella estirpe vinieron a establecerse en la región montañosa de Chiapas, en un valle rico de prados, arboleda y aguajes. Allí la prosperidad les alzó la frente, los hizo de ánimo soberbio y rapaz. Con frecuencia los Bolometric descendían a cebarse en las posesiones de las tribus próximas. Cuando la llegada de los blancos, de los caxlanes, el ardor belicoso de los Bolometric se lanzó a la batalla con un ímpetu que —al estrellarse contra el hierro invasor— vino a caer desmoronado. Peor que vencidos, estupefactos, los Bolometric resintieron en su propia carne el rigor de

la derrota que antes jamás habían padecido. Fueron despojados, sujetos a cárcel, a esclavitud. Los que lograron huir (la ruindad de su condición les sopló al oído este proyecto, los hizo invisibles a la saña de sus perseguidores para llevarlo al cabo) buscaron refugio en las estribaciones del cerro. Allí se detuvieron a recontar lo que se había rescatado de la catástrofe. Allí iniciaron una vida precaria en la que el recuerdo de las pasadas grandezas fue esfumándose, en la que su historia se convirtió en un manso rescoldo que ninguno era capaz de avivar.

En 1961 el rector Ignacio Chávez le encargó dirigir la Gaceta Universitaria de la UNAM, a la que imprimió un sesgo cultural. Al mismo tiempo daba clases de literatura hispanoamericana en la Facultad de Filosofía y Letras. Ese año nació su hijo Gabriel. En algunos poemas posteriores describió la gestación y alumbramiento de su hijo y el cambio radical en su vida. En 1969 escribió: “¿por qué dictaminamos con una ligereza que tiene algo de criminal que todas las mujeres, en principio, son aptas para ser madres?”, y dos años después: “al dar a luz a Gabriel, me di luz a mí misma como madre, un papel para el que no estaba entrenada, pero que trato de desempeñar lo mejor que puedo. Madre y poetisa como que no riman, pero ahí se van”.

En 1962 publicó *Oficio de tinieblas*, que ganó el premio Sor Juana Inés de la Cruz. Trata del levantamiento histórico real de los chamulas en San Cristóbal en 1867 contra los blancos, los coletos, una furiosa rebelión contra la injusticia y opresión que padecían. Ese levantamiento terminó cuando crucificaron a uno de los líderes indígenas. Por licencia literaria traslada la acción al cardenismo y el impacto de la reforma agraria en Chiapas. Describe un levantamiento de la etnia tzotzil contra los coletos, causado por las injusticias y los abusos que termina cuando no pueden tomar San Cristóbal. Nuevamente en sus páginas se expresa la denuncia contra la injusticia, la opresión, la exclusión, tanto a los indígenas como a las mujeres. Aquí un pasaje:



Rosario Castellanos, 1962. Imagen tomada de: Carlos Monsiváis, "Rosario Castellanos. La enseñanza y el olvido del llanto", en *Escritores en la diplomacia mexicana: Tomo II*, México, SRE, 2000. Fotografía de © Hans Beacham.

El valle de Chamula —de niebla, de regatos— ahora es el valle de las humaredas. Humo es lo que antes fue paraje, sembradío, pueblo. Humo: tierra sollamada, aire envilecido, arrasamiento y aniquilación. La tribu de los tzotziles anda dispersa, perseguida. El castigo de los caxlanes los alcanza hasta el sitio más remoto, hasta el rincón más oculto. Y aún más lejos que el caxlán llega el hambre, el miedo, el frío, la locura. A manos de sus enemigos perecieron los rebeldes y los mansos fueron hechos cautivos por los vencedores. Éstos también violaron a las mujeres y pusieron la marca de la esclavitud en el anca de los recién nacidos. Los sobrevivientes suben hasta el terraplén más alto, donde se respira un aire filoso, donde el corazón del caxlán, aunque es tan duro, se rompe. Los sobrevivientes ignoran su número. Jamás se reúnen ni junto al rescoldo, ni en torno del alimento, ni alrededor de los ancianos que amonestan ni de los memoriosos que relatan. Se esconden unos de otros para no compartir la presa que los sustentará y el refugio que ha de cobijarlos. Solos, estos hombres olvidan su linaje, la dignidad que ostentaban, su pasado. Aprenden de los animales cobardes las ciencias de la furtividad. Se deslizan sobre la hojarasca sin suscitar un rumor, dan un rodeo para no caer en la trampa, imitan la muerte ante la inminencia del peligro. Desnudos, mal cubiertos de harapos o con taparrabos de piel a medio curtir, han abolido el tiempo que los separaba de las edades pretéritas. No existe ni antes ni hoy. Es siempre. Siempre la derrota y la persecución. Siempre el amo que no se aplaca con la obediencia más abyecta ni con la humildad más servil. Siempre el látigo cayendo sobre la espalda sumisa. Siempre el cuchillo cercenando el ademán de insurrección. En esta eternidad se cumple el destino de la tribu. Porque es voluntad de los dioses que los tzotziles permanezcan.

En 1964 publica *Los convidados de agosto*, cuatro relatos en donde las cuatro mujeres protagonistas no aceptan el papel, las conductas, los estereotipos y el destino que les asignan sus padres, sus familias, la conservadora sociedad comiteca que sólo es un reflejo extremo de la sociedad patriarcal. Las cuatro son mujeres transgresoras que, sin

embargo, al rebelarse, no encuentran una identidad que las afirme. He aquí un fragmento:

—Todos los años el señor cura lo repite en su sermón. ¿Qué se sacan con andar loqueando? Que algún extranjero, de los que vienen a la feria, les tenga lástima, se las lleve a San Cristóbal y, después de abusar de ellas, las deje tiradas allá. Y se regresan tan campantes como si hubieran hecho una gracia. Las debían de apalear. Pero los padres, los hermanos son unos nagüilonos, unos alcahuetes. Más bien son ellas las que se encierran, para disimular un poco, hasta que nace su hijo. Cuando vuelven a asomar no son ni su sombra. Están sosegadas, como si ya hubiera pasado su corazón.

En 1966 se publicó *Juicios sumarios*, un libro de ensayos y artículos que había escrito para distintas revistas. Es un recorrido por algunos de sus autores preferidos, hombres y mujeres de la literatura mexicana, hispanoamericana, francesa, alemana, inglesa y japonesa. En cada uno de estos textos no sólo expone lo que le llama más la atención de su estilo literario, de los temas que abordan, de lo que le gusta y lo que no. También, además del análisis literario de las obras que le merecen una reflexión por su calidad y su temática, están presentes en muchos de sus textos los temas que han sido centrales en sus reflexiones y escritos: la opresión, la marginación, las relaciones de dominio, la relación del autor con la sociedad en la que escribe, la finalidad de la obra escrita, etcétera. Entre la vastedad de esos textos, hay dos, en los que escribió acerca de Sor Juana, que vale la pena recordar. Aquí un fragmento:

Su realización parece un milagro si tenemos en cuenta las circunstancias en que se produjo. No eran tan nocivas las suspicacias de los ignorantes, las intrigas de los envidiosos como las alabanzas y las hipérboles de los tontos...

Mas no culpemos demasiado a sus contemporáneos. Carecían de punto de referencia para medirla; no disponían de ningún título

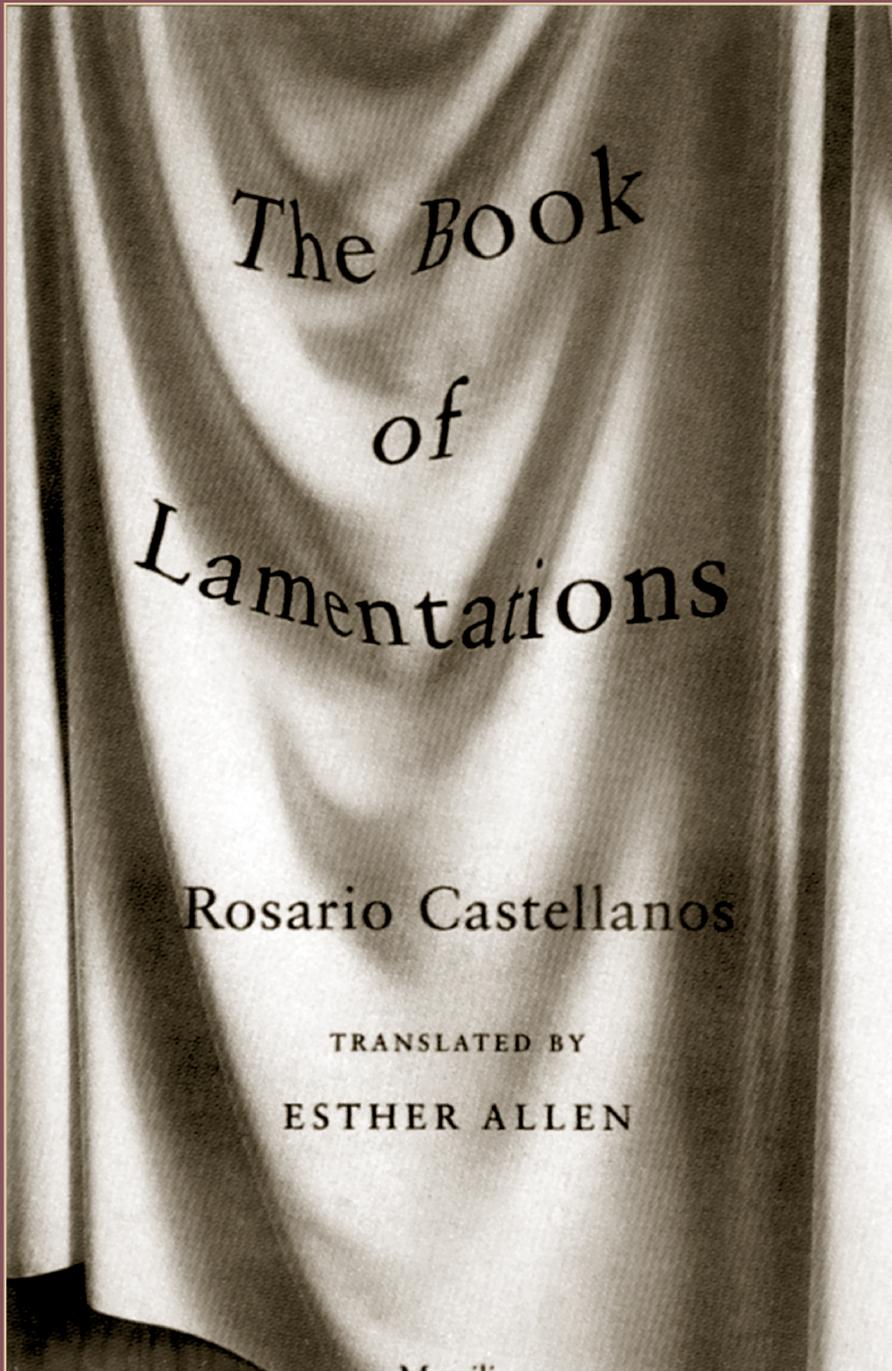
bajo el cual colocarla. Sus actos, por originales, tenían que producir el malestar de la sorpresa, de lo que no cabe dentro de lo establecido. Incluso los que desearon ayudarla no atinaron a hacerlo.

Su peor enemigo, sin embargo, es ella misma. Su índole reflexiva es su talón de Aquiles. Se toma como objeto de meditación, se pone entre paréntesis para dilucidar si lo que constituye su personalidad es verdaderamente valioso. No se acepta con una complacencia fácil ni menos pretende imponerse a los otros. Su juicio es insobornable y el ideal de perfección con el que se compara es muy alto. Resulta entonces que los defectos son inconmensurablemente superiores a las cualidades y no tienen remisión.

Tras la caída del rector Ignacio Chávez, Rosario renunció a su puesto en la Universidad y se fue un año como profesora visitante a las universidades de Wisconsin e Indiana. Impartió clases de literatura mexicana e hispanoamericana. Fueron meses muy difíciles por sus problemas matrimoniales, además de la relación con su hijo de cinco años, quien la acompañó unas semanas. Entró en depresión, pensó en suicidarse, estuvo medicándose y tratando de reencontrarse a sí misma. Su matrimonio no funcionaba. Después de ocho años, las diferencias con Ricardo se habían profundizado. Había discusiones, arrebatos, reclamos. El pequeño Gabriel pagaba los platos rotos de esos pleitos. Rosario decidió que lo mejor era tomar distancia un tiempo y se fue en septiembre de 1966 a Estados Unidos. Al principio no se hallaba. Estaba sola, en una sociedad muy distinta, con costumbres que le costaba entender. Su inglés no era bueno, las distancias sin coche eran enormes, muy pronto comenzó el frío. Se agudizaron sus estados de ánimo inestables, el insomnio, las pesadillas, la angustia. Volvió a tomar antidepresivos. En sus profusas cartas a Ricardo se refleja esa crisis, la soledad, la depresión, la falta de motivación, la inercia de la rutina. En su primera carta, desde Wisconsin, escribió el 13 de septiembre de 1966:



“El amor me parece importante como un fenómeno esencial de la naturaleza humana, no como un estado de ánimo que pueda durar uno o más minutos”. Boda de Ricardo Guerra Tejeda y Rosario Castellanos. Imagen tomada de: Carlos Monsiváis, “Rosario Castellanos. La enseñanza y el olvido del llanto”, en *Escritores en la diplomacia mexicana: Tomo II*, México, SRE, 2000.



De los apuntes a *Poesía no eres tú*, Rosario va haciendo a un lado la retórica aprendida en pos de la sencillez. Imagen tomada de: Carlos Monsiváis, "Rosario Castellanos. La enseñanza y el olvido del llanto", en *Escritores en la diplomacia mexicana: Tomo II*, México, SRE, 2000.

No he tenido tiempo de extrañarlos, todavía. Pero sí de no entender mis ataques de furia, nuestros problemas. Aunque estoy segura de que si estuviéramos juntos se reanudarían automáticamente. Algo fundamental me falla. Si junto dinero suficiente voy a psicoanalizarme con Santiago Ramírez cuando yo regrese, porque es del cocol no poder convivir con las gentes a quienes uno quiere. Y a ti, es curioso; a mi modo, a ese modo extraterreno, te he querido mucho, te quiero mucho siempre. Con los niños es distinto. Me gustaría no hacerles daño y siento que la mejor manera, ahorita, es estar lejos de ellos.

Un día después escribió:

He estado muy deprimida, pero me he dado cuenta de que no más que en México y de que mis depresiones no alcanzan hasta el punto de una crisis porque no tengo ni estímulos suficientes ni público. Eso es bueno, aunque no sé si este tipo de conocimiento podré aplicarlo en otras circunstancias, es decir, allá. Duermo mal. Me doy cuenta de que me estoy sabotando y he decidido no hacerme ningún caso ni tenerle miedo al insomnio. Que no puedo dormir, pues leo. Me dan las dos o las tres de la mañana apagando y encendiendo la luz y por fin caigo en un sueño ligero y lleno de pesadillas.

En esa crisis afloraba la inseguridad. Dudaba incluso de la vocación que había escogido y en la que destacaba y era reconocida: “lo único que estoy haciendo es sacar el bulto a mi verdadero problema, al que tengo que enfrentar ahora sin ningún paliativo y sin ningún pretexto: ¿soy o no soy una escritora? ¿Puedo escribir? ¿Qué?”.

Se reprochaba haber dejado en México a su hijo, pero reconocía que había sido la mejor decisión para los dos, pues temía perder el control de sus reacciones. Era cada vez más consciente de sus problemas y tenía la firme voluntad de superarlos. La distancia le permitió pensar cómo podía ir saliendo de ese abismo. Se propuso dominar la angustia, hacer ejercicio, socializar, inmiscuirse en sus clases, en sus lecturas. Quería curarse y regresar a México sin los conflictos internos

que la habían orillado a irse. Seguía muy enamorada de su esposo. Quería recuperar su relación y ser una buena madre. Los extrañaba.

Su hijo la alcanzó a fines de noviembre de ese año. Las primeras semanas fueron muy difíciles para Rosario. Recuperar la confianza y el cariño de su hijo le costó mucho trabajo. Al final, después de un tiempo, lo consiguió. Recuperó la felicidad, se sentía mejor y anhelaba volver para empezar de nuevo. El 9 de junio de 1967 escribió a Ricardo:

Bastaría Gabriel para que yo te tuviera una enorme gratitud. ¿Que me ha costado mucho trabajo y sufrimiento? Por la índole mía, porque todo tiene que dárseme al través de una serie de partos sucesivos. Pero la plenitud, la felicidad es él. No te imaginas cómo lo quiero, cómo me da gusto, cómo disfruto la relación que tenemos. Contarle cosas, saber, saber contar para él. Es una maravilla.

Regresó a México a fines de julio de 1967 a probar si podía mantener su matrimonio. Impartió varias clases de literatura en la Universidad. Un año después publicó el libro de poemas *Materia memorable*, un recuento de sus cavilaciones en la soledad que vivió en Estados Unidos, textos de tristeza, melancolía, desencanto, pero también de los momentos agradables, placenteros, de la complejidad cotidiana de la vida. En su poema “Nocturno” describe así el combate a muerte entre los amantes:

atados mano contra mano y vueltos
—forcejeando por irnos—
uno hacia el sur, hacia el fragante verde,
y el otro a la hosquedad de los desiertos;
desgarrados; sangrando yo con la herida tuya
y tú quizá doliéndote
de no tener siquiera una pequeña brizna
del dolor que no sea también mío,
hemos sido gemelos y enemigos.

Poco después de su regreso a México, Rosario escribió una columna regular en el periódico *Excelsior*. Ricardo fue a dar un curso a Santo Domingo. Ella se hizo cargo no sólo de su hijo, sino también de los otros dos hijos de su esposo y de administrar las casas de la ciudad de México y Cuernavaca. Su vida era un frenesí. En su correspondencia de esos días, expresaba su cansancio. No paraba en todo el día, seguía dando clases, escribía, se hacía cargo de los hijos, de ayudarles en sus problemas. Pero las infidelidades de Ricardo seguían. Tenía una relación con la actriz Selma Beraud, lo que fue uno de los motivos por los cuales, en 1971, después de años de peleas, de reclamos, de soportar infidelidades, se divorció de Ricardo.

En febrero de 1971, fue nombrada embajadora de México en Israel. Puso por condición que se le permitiera dar clases de literatura mexicana en la Universidad Hebrea de Jerusalén y poder seguir escribiendo. Se fue con su hijo Gabriel. Fue una etapa muy productiva. Sus clases eran muy concurridas y pudo disfrutar de la vida diplomática. Se sentía libre. Terminar la relación tormentosa con Ricardo le permitió disfrutar más de la vida sin la tortura de los celos, los pleitos, el daño mutuo que se hacían. Muchos de sus textos de esos meses dan cuenta de su alegría en su nueva rutina de trabajo, recepciones, clases, viajes.

En 1971 apareció su libro de relatos *Álbum de familia*, en el que hace una de sus críticas más fuertes a la condición que se impone a las mujeres como esposas, madres y amas de casa. Narra tres historias típicas de muchas mujeres de clase media. Sus protagonistas se niegan a acatar el papel que se les asigna, a los estereotipos que deben cumplir, a la abnegación que se espera de ellas, a no tener voluntad ni voz, a no recibir sueldo por el trabajo doméstico, a no tener descanso ni vida propia. Su primera protagonista se queja de la esclavitud doméstica: “he de mantener la casa impecable, la ropa lista, el ritmo de la alimentación infalible. Pero no se me paga ningún sueldo, no se me concede un día libre a la semana, no puedo cambiar de amo”. Por ello, se niega a ser

dama de sociedad que ofrece comidas y cenas a los amigos del marido, que asiste a reuniones, que se abona a la ópera, que controla su peso, que renueva su guardarropa, que cuida la lozanía de su cutis,



Guadalupe Rivera Marín entrega a Rosario Castellanos el pergamino que la acredita como "La mujer del año". México, 03 de marzo de 1968. Archivo Gráfico de *El Nacional*, Fondo Personales, sobre: 00434 (003). SECRETARÍA DE CULTURA.INEHRM.FOTOTECA.MX.



Agustín Arroyo Chagoyán con Rosario Castellanos. México, ca. 1962. Archivo Gráfico de *El Nacional*, Fondo Personales, sobre: 04609 (051). SECRETARÍA DE CULTURA.INEHRM.FOTOTECA.MX.

que se conserva atractiva, que está al tanto de los chismes, que se desvela y que madruga, que corre el riesgo mensual de la maternidad, que cree en las juntas nocturnas de ejecutivos, en los viajes de negocios y en la llegada de clientes imprevistos.

Son mujeres que se niegan a ser las mujeres que sus parejas, sus familias y la sociedad quieren que sean.

En 1972 publica *Poesía no eres tú*, que recopila sus poemas de 1948 a 1971 con cinco textos inéditos. En "Pasaporte", se define a sí misma como:

Mujer, pues, de palabra. No, de palabras no,
Peros sí de palabras
Muchas, contradictorias, ay, insignificantes,
Sonido puro, vacuo, cernido de arabescos,
juego de salón, chisme, espuma, olvido.

En sus textos continúa su lucha contra el destino que la sociedad asigna a las mujeres, su intención de alzar la voz para ser mujeres libres de hacer, pensar y decir lo que quieran, de tener derechos y voluntad propia. Cada vez es más amplia su defensa de los derechos femeninos, incluida su libertad sexual. Hay también una crítica política que ya no es sólo contra las costumbres, la cultura masculina, la asimetría de las relaciones sociales, la pobreza y marginación, la subordinación femenina. Hay también una crítica velada contra la represión gubernamental. En "Memorial de Tlatelolco" escribe:

La oscuridad engendra la violencia
y la violencia engendra oscuridad
para cuajar el crimen.
Por eso el dos de octubre aguardó hasta la noche
para que nadie viera la mano que empuñaba el arma,
sino sólo su efecto de relámpago
Y a esa luz, breve y lívida, ¿quién? ¿Quién es el que mata?

¿Quiénes son los que agonizan, los que mueren?
 ¿Los que huyen sin zapatos?
 ¿Los que van a caer al pozo de una cárcel?
 ¿Los que se pudren en el hospital?
 ¿Los que se quedan mudos, para siempre, de espanto?
 ¿Quién? ¿Quiénes? Nadie.
 Al día siguiente nadie.
 La plaza amaneció barrida; los periódicos
 dieron como noticia principal
 el estado del tiempo.
 Y en la televisión, en el radio, en el cine
 no hubo ningún cambio de programa,
 ningún anuncio intercalado
 ni un minuto de silencio en el banquete.
 ...Recuerdo, recordamos
 Ésta es nuestra manera de ayudar a que amanezca...
 Recuerdo, recordemos
 Hasta que la justicia se siente entre nosotros.

En 1973 publica *Mujer que sabe latín*, una defensa apasionada y lúcida de la capacidad de las mujeres para realizarse pasando por encima de los prejuicios, los estereotipos y los estigmas de la sociedad patriarcal. En su vertiente feminista, el ensayo que abre la obra, "La participación de la mujer mexicana en la educación formal", es un texto iluminador y central. En él critica el papel histórico que se ha asignado a las mujeres, restringido a la procreación ("simple vehículo para la perpetuación de la especie"), al cuidado de los hijos, al trabajo doméstico, a un papel pasivo material que negaba su desarrollo intelectual, a ser comparsa del hombre. Critica que, a pesar del derecho formal a la educación que se ha reconocido en la legislación mexicana, en los hechos muchas niñas no puedan ejercerlo porque se privilegia la educación de los hijos varones. La educación, para quienes logran tener acceso a ella, se considera un periodo transitorio, pues en realidad, lo que se espera de ellas es que encuentren un marido que las mantenga ("las estudiantes o desertan a mitad de la carrera, traspasadas por las



María Eugenia Moreno y Rosario Castellanos. México, ca. 1968. Archivo Gráfico de *El Nacional*, Fondo Personales, sobre: 00434 (001). SECRETARÍA DE CULTURA.INEHRM.FOTOTECA.MX.



En 1972, el presidente Luis Echeverría la nombra embajadora en Israel en una promoción de escritores e intelectuales, donde se compenetraría de las realidades de la geopolítica y la política de Medio Oriente, además de desempeñarse de manera notable. [Aquí] el día de su presentación de cartas credenciales al presidente Shazar Salman. Imagen tomada de: Carlos Monsiváis, "Rosario Castellanos. La enseñanza y el olvido del llanto", en *Escritores en la diplomacia mexicana: Tomo II*, México, SRE, 2000.

flechas de Cupido, o no ejercen la profesión, aunque hayan recibido el título que las faculta para ello porque siguen prefiriendo el mucho más glorioso y todavía, en muchos sentidos, exclusivo, de esposa y madre”). Concluye en que es necesario terminar con los dos papeles que las limitan: el de vírgenes y madres. Aquí algunos pasajes de este texto, que debe ser leído y releído muchas veces:

Cronológicamente están distantes los tiempos en los que se discutía, en los concilios teológicos, si la mujer era una criatura dotada de alma o si debía colocársela en el nivel de los animales o de las plantas, de la pura materia ansiosa de recibir la forma que sólo podía serle conferida al través del principio masculino.

La caridad cristiana hizo a la mujer la merced de concederle, al menos en teoría, una igualdad espiritual con el hombre y una susceptibilidad de salvación o de condenación a la vida eterna. Pero mientras durara la vida transitoria, en este valle de lágrimas, la mujer tendría que estar absolutamente sujeta a quien fungía como cabeza de la familia, que no podía ser otro que el padre, el hermano, el esposo, el cuñado, el varón que por su edad, su saber y su gobierno, poseyera la autoridad máxima dentro del núcleo familiar.

La mujer fuerte que aparece en las Sagradas Escrituras, lo es por su pureza prenupcial, por su fidelidad al marido, por su devoción a los hijos, por su laboriosidad en la casa, por su cuidado y prudencia para administrar un patrimonio que ella no estaba capacitada para heredar y para poseer. Sus virtudes son la constancia, la lealtad, la paciencia, la castidad, la sumisión, la humildad, el recato, la abnegación, el espíritu de sacrificio, el regir todos sus actos por aquel precepto evangélico de que los últimos serán los primeros...

Animal enfermo, diagnostica San Pablo, Varón mutilado, decreta Santo Tomás. La mujer es concebida como un receptáculo de humores que la tornan impura durante fechas determinadas del mes, fechas en las cuales está prohibido tener acceso a ella porque contagia su impureza a lo que toca: alimentos, ropa, personas. Escenario en que va a cumplirse un proceso fascinante y asqueroso: el embarazo. Durante esa larga época, la mujer está como poseída de espíritus ma-

lignos que enmohecen los metales, que malogran las cosechas, que hacen mal de ojo a las bestias de carga, que pudren las conservas, que manchan lo que contemplan. Es por eso, más que por temor a un aborto, por lo que hay que mantener resguardada a la mujer que está gestando un hijo.

Traslademos ahora la acción al Nuevo Mundo, en el que se había desarrollado una serie de civilizaciones con sello severamente patriarcal y en el que la violencia del choque entre vencedores y vencidos llegó aún a presidir los ayuntamientos sexuales.

Recordemos que en la primera pareja de nuestros antecesores, la Malinche fue entregada como esclava a Cortés y que él la usó según sus conveniencias y sus apetitos. Intérprete, madre de sus hijos, en los momentos turbulentos de la Conquista. Y después —para recompensar sus servicios y darle un rango dentro de la sociedad que estaba comenzando a integrarse— esposa de un soldado...

Por eso es que nadie se ocupa ni se preocupa porque las mujeres estudien. Si acaso se les enseñan los rudimentos del alfabeto y cuando surge un monstruo, como lo es para la época y sus contemporáneos Sor Juana, no habrá manera ni de clasificarla, ni de asimilarla ni de colocarla. Cuando, agotada la biblioteca de su abuelo, aspira a recibir educación superior, piensa en disfrazarse de hombre para que se le abran las puertas de la Real y Pontificia Universidad, porque en sus claustros únicamente discurren graves doctores y se reúnen a discutir los problemas del ente y de la esencia y otros asuntos inaccesibles para quienes sólo han mostrado habilidad en el manejo de la rueca... Quitémosle el vestido blanco.

Basta de anécdotas y de historias. Estamos en 1970 y la instrucción primaria y aun la secundaria son obligatorias para todos los ciudadanos mexicanos y la mujer mexicana adquiere su carta de ciudadanía desde el 18 de enero de 1946.

En principio todos deben y pueden educarse. En la realidad, las cosas tienen su más y su menos. En una familia, el factor principal que determina la oportunidad de la educación, en los niveles elementales, de sus hijos, es el factor económico. Si los medios abundan, no se discrimina en función del sexo de los educandos. Pero cuando

es preciso elegir quién ha de aprender las primeras letras y las cuatro operaciones aritméticas porque le van a ser indispensables para abrirse paso en la vida, se elige a los varones. A las mujeres se les adiestra en las labores del hogar y se les prepara, como se ha hecho secularmente, para el matrimonio.

Cuando el estudiante ha rebasado los límites de la escuela elemental, la familia es capaz de sacrificarse para proporcionar al varón una carrera que le permita ostentar un título universitario. Este sacrificio implica, en muchas ocasiones, que las mujeres quedarán recluidas en casa, esperando la llegada del Príncipe Azul o, si se vive en un ambiente en que ya es usual la incorporación femenina a las actividades económicas nacionales, se les inscribe en academias en las cuales se les prepara, rápidamente, para desempeñar un puesto de secretaria, de contadora pública, de recepcionista, de cultora de belleza, etc. Un puesto que no exige muchos conocimientos y que por lo mismo no se paga con grandes sueldos. Un puesto que no implica grandes responsabilidades, pero que también carece de perspectivas de mejoría. Un puesto que, aunque en ocasiones muy frecuentes se desempeña durante la vida entera, se asume desde el principio hasta el fin como si fuera provisional. Es una especie de "tente en pie", algo que se hace mientras la mujer encuentra quién la mantenga y quién acepte que dependa de él...

Quitémosle al vestido blanco y a la corona de azahares ese nimbo glorioso que los circunda. Son símbolos de algo muy tangible y que deberíamos de conocer muy bien, puesto que tiene su alojamiento en nuestro cuerpo: la virginidad. ¿Por qué la preservamos y cómo? ¿Interviene en ella una elección libre o es sólo para seguir la corriente de opinión? Tengamos el valor de decir que somos vírgenes porque se nos da la real gana, porque así nos conviene para fines ulteriores o porque no hemos encontrado la manera de dejar de serlo. O que no lo somos porque así lo decidimos y contamos con una colaboración adecuada. Pero, por favor, no sigamos enmascarando nuestra responsabilidad en abstracciones que no son absolutamente ajenas como lo que llamamos virtud, castidad, pureza y de lo que no tenemos ninguna vivencia auténtica.

La maternidad no es, de ninguna manera, la vía rápida para la santificación. Es un fenómeno que podemos regir a voluntad. Y separamos, antes de tener hijos, que no nos pertenecen y que no tenemos derecho a convertirlos en los chivos expiatorios de todas nuestras frustraciones y carencias sino la obligación de emanciparlos lo más pronto posible de nuestra tutela.

La última obra de Rosario fue *El eterno femenino*, una obra de teatro en la que, con humor y sátira, se burla de los prejuicios y estereotipos que se ha asignado a las mujeres con la triada virginidad, matrimonio, maternidad y el triste destino que eso significa para ellas. La primera escena se desarrolla en un salón de belleza. Un vendedor le ofrece a la dueña un nuevo producto. Como sus clientas, cada que van al local, pasan una hora al menos con el secador sobre la cabeza, sin poder hacer nada, para que no se aburran y piensen, la solución que ofrece el vendedor es un aparato que las hace soñar. Aquí un fragmento:

DUEÑA: ¿Sueños?

AGENTE: ¡Maravillosos sueños! Durante todo el tiempo que la cliente está sometida a la acción de este aparato, sueña.

PEINADORA: ¿Y qué sueña?

AGENTE: Lo que quiera. Mire, aquí, operando este botón, se obtiene el control absoluto del material. Hay un catálogo completo de variantes: sueña que es la mujer más bonita del mundo; que todos los hombres se enamoran de ella; que todas las mujeres la envidian; que a su marido le suben el sueldo; que no hay alza de precios en los artículos de primera necesidad; que consigue una criada eficiente y barata; que este mes queda embarazada; que este mes no queda embarazada; que sus hijos sacan diez de promedio en la escuela; que sus hijas necesitan *brassiere*; que se muere su suegra; que se queda viuda y cobra un gran seguro de vida... en fin, hay para todas las situaciones y para todos los gustos.



Rosario Castellanos. 1971. Fondo Archivo Fotográfico Hermanos Mayo,
Código de referencia: HMA/AG1/1600. Archivo General de la Nación.

Deciden probar el aparato con una clienta, Lupita, a la que sucede la siguiente escena, una vez que ha pasado la noche de bodas con su esposo Juan:

JUAN: ¡Mujer impúdica! ¿Cómo te atreves a mirarme así? ¡Bájate el velo, *ipso facto*, desvergonzada! Ahora sí. Mírame a los ojos y dime: ¿ha sido ésta la primera vez?

LUPITA (*En uno de esos apartes obvios del teatro antiguo.*): ¡Qué manía tienen todos los hombres de preguntar lo mismo! (*A Juan, con voz inocente.*) No sé de qué me estás hablando.

JUAN (*Tomado de sorpresa. Evidentemente no era la respuesta que esperaba. Improvisa.*): Digo que si es la primera vez que te casas.

LUPITA: Ah, bueno. Claro. ¡No faltaba más!

JUAN (*Solemne, con la mano sobre el corazón.*): ¿Y has llegado pura al matrimonio?

LUPITA (*Señalando orgullosamente la mancha.*): ¿Qué no ves?

JUAN: Tus amigas tenían razón. (*Abandona el libro y vuelve a la órbita de Lupita.*) Y ahora, la pregunta de los sesenta y cuatro mil pesos: ¿Te gustó?

LUPITA (*Indignada.*): ¿Gustarme? ¿A mí? ¿A una muchacha decente? ¿Por quién me tomas?

JUAN (*Esperanzado.*): ¿No te gustó?

LUPITA (*Firme.*): Me pareció repugnante, asqueroso.

JUAN (*Transportado.*): Gracias, Lupita. Ya sabía yo que no ibas a fallarme a la hora de la verdad. Gracias, gracias.

LUPITA: No volveré a permitirte que te acerques nunca, jamás, a mí.

JUAN: ¿Ni siquiera si te obligo?

LUPITA: ¿Serías capaz?

JUAN: Naturalmente. ¿Qué podría impedírmelo? Tengo la fuerza y tengo el derecho. Además, tú me juraste obediencia ante un altar.

LUPITA: Juré por ignorancia, por inocencia... Y ahora tú te aprovechas de mi situación. ¡Infame!

JUAN: ¡Vas a ver lo que te espera! ¿Crees que has apurado ya la copa del dolor hasta las heces? Ja, ja, ja. Permíteme una sonrisa. Lo de hoy no fue sino un pequeño botón de muestra.

LUPITA: Pero si me dolió horrores, me destrozaste. ¡Mira! (*Señala, dramáticamente, la mancha.*)

JUAN (*Con petulancia.*): Pues eso no es nada. Y va a llegar el momento en que no te vas a quejar de lo duro sino de lo tupido.

LUPITA (*De rodillas.*): ¡Piedad!

JUAN (*Verdugo.*): No, no me apiadaré de ti aunque me lo supliques hincándote a mis pies.

Rosario estaba en la plenitud de su carrera literaria. Disfrutaba de escribir, era reconocida, le gustaba su papel de embajadora de México en Israel, se sentía cómoda en ese país, daba clases, viajaba, estaba con su hijo adolescente. Todo eso se truncó. Rosario falleció electrocutada en un accidente doméstico en su casa, en Tel Aviv, el 7 de agosto de 1974. Fue traída a México; se le rindió homenaje en Bellas Artes y fue sepultada en la Rotonda de las Personas Ilustres.

Después de su muerte, se publicaron varias obras póstumas de ella. En 1974 apareció *El uso de la palabra*, una serie de artículos ya publicados sobre los temas recurrentes abordados por ella a lo largo de los años: la condición de las mujeres, la cultura patriarcal, los estereotipos, la maternidad, la infidelidad, el control de la natalidad, así como un relato sobre los avances del movimiento feminista en Estados Unidos.

En 1975 apareció *El mar y sus pescaditos*, otra recopilación de ensayos publicados ya. En ellos Rosario analiza el vuelco de la literatura latinoamericana y europea de los años sesenta, con formas que se alejan del canon literario del siglo XIX y adoptan no sólo estilos literarios distintos, sino también lo que Sartre denominó el compromiso del autor con su sociedad y su tiempo. Analiza la obra de muchos de sus autores preferidos, hombres y mujeres de letras que la han nutrido y han dejado una huella indeleble.

En 1994 se publicó *Cartas a Ricardo*, las misivas que en 1950-1952 y 1966-1967 le escribió al amor de su vida y unas pocas más a su otra adoración, su hijo Gabriel. Por decisión del padre y el hijo, se publicó esta correspondencia, sin censura, lo que permite un acercamiento íntimo directo a esta gran mujer, que expresa sin filtros sus pensamientos, emociones, afectos, anhelos, estados de ánimo, opiniones, en una



“Las transformaciones del proceso social precipitan la liberación de las fuerzas narrativas y poéticas de Rosario, obligada a representar a la mujer pensante y a la escritora en México”.
Imagen tomada de: Carlos Monsiváis, “Rosario Castellanos. La enseñanza y el olvido del llanto”, en *Escritores en la diplomacia mexicana: Tomo II*, México, SRE, 2000.



Rosario Castellanos Figueroa. 1971. Fototeca de la Dirección General del Acervo Diplomático, Secretaría de Relaciones Exteriores.

crónica pormenorizada de lo que vive desde Chiapas, el barco que la llevó a Europa, España y los países que visitó y, en la segunda parte, desde Estados Unidos.

En 1995 se publicó otra obra póstuma, una novela que a Rosario no le gustó y desechó, pero que fue rescatada por su hijo: *Rito de iniciación*, con notables pasajes autobiográficos. Es una novela notable, en la que, influida por la *Nouveau Roman* francesa, se aventuró por una narrativa no lineal ni descriptiva, sino por escenas fragmentadas, aisladas, pero que construyen un conjunto coherente de la protagonista, Cecilia, una muchacha provinciana que viene a la ciudad de México a estudiar en la Universidad y que define su vocación de escritora. La obra tiene muchos pasajes autobiográficos o semejantes a los que vivió Rosario a fines de la década de 1940 y principios de la de 1950. Aparecen ahí varios de sus compañeros más cercanos, con sus discusiones, sus rivalidades, sus sueños. Aparece también el amor, el conflicto con sus padres, la amistad. Es una obra que permite una comprensión más cabal de Rosario, que indica los caminos literarios por los que empezaba a transitar. He aquí algunos fragmentos:

Al llegar a la Universidad, Cecilia se mezcló, desde el principio, con la avalancha de estudiantes que pretendían inscribirse. Entre ellos, contenta de que ni su aspecto, ni el dejo de su voz, ni su timidez hubieran —hasta entonces— llamado la atención de nadie, Cecilia se alineó disciplinadamente en la fila que iba avanzando, con lentitud, hacia la ventanilla de primer ingreso.

Sin embargo, este ambiente en que la juventud jugaba con la libertad como si no existieran límites que, una vez traspuestos la convertían en delito, o como si no se tratara de un explosivo de manejo peligroso y delicado, atemorizaba un poco a Cecilia. Y si en los primeros momentos le pareció bien confundirse con los demás, ahora encontraba más prudente singularizarse. Compuso un gesto severo y abstraído y, a manera de parapeto, abrió un libro, por encima de cuyas páginas se asomaba a veces para lanzar furtivas miradas a su alrededor. Nadie reparaba en ella y la ilusión de que era invisible

la hizo sentirse ligera e impune pero de ese estado feliz la arrojó un empujón rápido y casual.

Cecilia comenzó a asistir a clases con el mismo temor, con las mismas precauciones con que un aprendiz de natación se aventura en un río cuya profundidad e ímpetu le son desconocidos.

Contribuía a la placidez su aislamiento. La Facultad estaba situada en un tranquilo barrio porfiriano poblado de familias melancólicamente arruinadas y de comerciantes cuya prosperidad, aún en agraz, no les permitía ser estentóreos. Se alojaba en un antiguo y venerable edificio colonial —que sólo conservaba intacta su fachada— y el alumnado lo constituían núcleos de muchachas bien peinadas (por dentro y por fuera) y de muchachos anémicos y atormentados cuya energía nerviosa estallaba alrededor de los libros, en las discusiones, a la sombra de las cátedras.

Otro importante libro póstumo fue *Declaración de fe, reflexiones sobre la situación de la mujer en México*, un largo ensayo en el que recorre la condición de la mujer en la historia de México. Comienza por la época prehispánica. A partir de libros como el *Popol Vuh* y la *Historia General de las Cosas de la Nueva España* de Sahagún, así como de poemas y obras de los cronistas, concluye que la mujer estaba en una condición de inferioridad en las sociedades prehispánicas, cuya función principal era parir hijos y atender las labores domésticas. En algunos relatos tiene una carga negativa, como causa de la embriaguez y la pérdida de los hombres. En la época colonial, periodo dominado por la escolástica cristiana, a la mujer se le concibe como apéndice del hombre, la costilla de Adán, causante del pecado original y de la pérdida del paraíso, un ser imperfecto, histérico, al que se debe controlar, vigilar y confinar al hogar o al claustro. Éste es el dilema de Sor Juana, la figura femenina más importante, quien optó por la vida monástica para eludir el matrimonio y realizar su vocación de escritora. Con la independencia se dieron condiciones para una mayor participación de las mujeres en el proceso de emancipación. Muchas de ellas participaron en la gesta insurgente, realizando múltiples tareas. Su condición femenina no las salvó de la muerte, la cárcel o el destierro. La tercera parte trata de la



Rosario Castellanos dando una conferencia. 1971. Fondo Archivo Fotográfico Hermanos Mayo, Código de referencia: HMA/AG1/1600. Archivo General de la Nación.



Rosario Castellanos. 1971. Fondo Archivo Fotográfico Hermanos Mayo, Código de referencia: HMA/AG1/1600. Archivo General de la Nación.



Rosario Castellanos. *Ca.* 1965.

© (6985) SECRETARÍA DE CULTURA.INAH.SINAFO.FN.MX.



Rosario Castellanos como Embajadora de México en Israel. 1971.

Fondo Archivo Fotográfico Hermanos Mayo,

Código de referencia: HMA/AG1/1600. Archivo General de la Nación.

condición de las mujeres en el siglo xx. Época de profundos cambios en el mundo, por la conquista de sus derechos políticos y la incorporación masiva al trabajo, la educación y el ejercicio profesional. Analiza también la obra de varias de las mujeres de letras más destacadas de esa época, concluyendo que era palpable la capacidad creativa de las mujeres mexicanas.

La mujer perdió de golpe su importancia. El nuevo orden había sido creado por los hombres para servir a sus propios intereses. Se instituyó desde luego la poligamia como una costumbre aceptada. Aunque la forma legal y característica del matrimonio fuera la monogámica, de hecho los guerreros como premios de sus hazañas, los nobles como privilegio de su riqueza podían ostentar tantas esposas cuantas fueran capaces de mantener. Por otra parte la manera de entender la maternidad había variado radicalmente. Asentadas las tribus con el problema de su subsistencia resuelto de modo satisfactorio, con la idea del imperio alimentando sus ímpetus de expansión y de conquista, los hijos venían a ser un medio más para el logro de sus ambiciones, una nueva forma de propiedad y de dominio. En cuanto a la mujer, negándosele como se le negaba la calidad de persona, su única justificación será la utilidad social que preste. Y como ésta no la da su trabajo ni su inteligencia, la dará su cuerpo. Su valor consistirá en ser fecunda. Ser madre será la función esencial de la mujer y a ella deberá sacrificarlo todo. La esterilidad era atribuida siempre como una culpa (se suponía que la mujer estéril tenía pacto con el demonio y traicionaba a los dioses de la tribu), era motivo de afrenta y causa de divorcio. Pero en cambio la fecundidad no era mérito del que la mujer podía gloriarse, sino manifestación de la voluntad benéfica de los dioses.



"En veintiséis años, de 1948 a 1974, Rosario Castellanos dedicó sus mejores momentos, los más lúcidos y los más plenos, a crear una obra que le expresara de cuerpo entero. Y que al expresarla fuese una especie de registro del mundo en el que le tocó vivir". Imagen tomada de: Carlos Monsiváis, "Rosario Castellanos. La enseñanza y el olvido del llanto", en *Escritores en la diplomacia mexicana: Tomo II*, México, SRE, 2000. Fotografía de © Ricardo Salazar.

Finalmente, aparecieron los tres volúmenes de *Mujer de palabras*, una recopilación de 334 artículos publicados por Rosario en el periódico *Excélsior* y en las revistas *América*, *México en la Cultura* y *La cultura en México*, entre 1963 y 1974, una vasta y valiosa recopilación de textos sobre infinidad de temas: literatura, política, crónica de viajes, feminismo, indigenismo, derechos humanos, política, etcétera, textos fundamentales para entender el pensamiento multifacético, crítico y agudo de una de las mayores escritoras mexicanas.





Cadetes del Heroico Colegio Militar escoltan féretro de la poetisa y escritora Rosario Castellanos durante la ceremonia en la Rotonda de los Hombres Ilustres (hoy de las Personas Ilustres), del Panteón Civil de los Dolores. México, 10 de agosto de 1974. Archivo Gráfico de *El Nacional*, Fondo Personales, sobre: 00434 (016). SECRETARÍA DE CULTURA.INEHRM.FOTOTECA.MX.



Homenaje póstumo a Rosario Castellanos en la Rotonda de los Hombres Ilustres del Panteón Civil de los Dolores. México, 10 de agosto de 1974. Archivo Gráfico de *El Nacional*, Fondo Personales, sobre: 00434 (015). SECRETARÍA DE CULTURA.INEHRM.FOTOTECA.MX.



Cadetes del Heroico Colegio Militar escoltan el féretro de la poetisa y escritora Rosario Castellanos durante el retiro de este al término de la ceremonia en la Rotonda de los Hombres Ilustres del Panteón Civil de los Dolores. México, 10 de agosto de 1974. Archivo Gráfico de *El Nacional*, Fondo Personales, sobre: 00434 (017). SECRETARÍA DE CULTURA.INEHRM.FOTOTECA.MX.



Indígenas en el funeral de Rosario Castellanos. México, 10 de agosto de 1974. Archivo Gráfico de *El Nacional*, Fondo Personales, sobre: 00434 (009). SECRETARÍA DE CULTURA.INEHRM.FOTOTECA.MX.

Bibliografía recomendada

- CASTELLANOS FIGUEROA, Rosario, *Álbum de familia*, México, Joaquín Moritz (Volador), 1971.
- , *Apuntes para una declaración de fe*, México, América. Revista antológica, 1948.
- , *Balún Canán*, México, FCE (Letras Mexicanas 36), 1957.
- , *Cartas a Ricardo*, México, Conaculta (Memorias Mexicanas), 1994.
- , *Ciudad Real*, México, Universidad Veracruzana, 1960.
- , *Declaración de fe*, México, Alfaguara, 1997.
- , *De la vigilia estéril*, México, América. Revista antológica, 1950.
- , *Dos poemas*, México, Ícaro, 1950.
- , *El eterno femenino*, México, FCE (Letras Mexicanas 115), 1975.
- , *El mar y sus pescaditos*, México, SEP (SepSetentas 189), 1975.
- , *El uso de la palabra*, México, Excélsior (Crónicas), 1974.
- , *Juicios sumarios*, México, Universidad Veracruzana (Cuadernos de la facultad de filosofía, letras y ciencia), 1966.
- , *Lívida luz*, México, UNAM, 1960.
- , *Los convidados de agosto*, México, Era, 1964.
- , *Materia memorable*, México, UNAM-Dirección General de Difusión Cultural (Poemas y ensayos), 1969.
- , *Mujer de palabras*, 2 vols., México, FCE / UNAM, 2024.
- , *Mujer que sabe latín*, México, SEP (SepSetentas 83), 1973.



Salvador Pruneda, Rosario Castellanos. México, ca. 1960. Archivo Gráfico de *El Nacional*,
Fondo Personales, sobre: 118-C (001). SECRETARÍA DE CULTURA.INEHRM.FOTOTECA.MX.

- , *Oficio de tinieblas*, México, Joaquín Mortiz, 1962.
- , *Poemas 1953-1955*, México, Metáfora, 1957.
- , *Poesía no eres tú*, México, FCE (Letras Mexicanas), 1972.
- , *Rito de iniciación*, México, Alfaguara (Infantil), 1997.
- , *Salomé y Judith*, México, Jus (Voces nuevas 5), 1959.
- , *Sobre cultura femenina*, tesis de maestría, México, UNAM-FFYL, 1950.
- , *Tablero de damas: pieza en un acto*, México, América. Revista antológica, 1952.
- , *Trayectoria del polvo*, Puebla, Costa-Amic (El cristal fugitivo), 1948.
- BEAUVOIR, Simone de, *El segundo sexo*, 2 vols., Argentina, Psique, 1954.



FELIPE ÁVILA

ROSARIO CASTELLANOS

fue editado por el

**INSTITUTO NACIONAL
DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO.**

Se terminó en la Ciudad de México
en mayo de 2025.

SERIE ESTAMPAS DE MUJERES



Cultura
Secretaría de Cultura



Instituto Nacional de
Estudios Históricos de las
Revoluciones de México